

La gran estafa de la

FELICIDAD



Jorge **Yamamoto**

PAIDÓS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La gran estafa de la felicidad

©2019, Jorge Yamamoto

Edición: Rubén Silva

Corrección de estilo: Elizabeht Bautista

Diseño de portada: Departamento de Diseño
de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar.
Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: julio 2019

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-4431-88-3

Registro de Proyecto Editorial: 31501201900800

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-10109

Impreso en Cecosami S.A.

Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb Santa Raquel, Ate Vitarte,

Lima 3 - Perú

www.cecossami.com

Lima - Perú, octubre 2019

ÍNDICE

Introducción: La expedición en búsqueda de la felicidad	5
Parte I: Felicidad familiar	27
Capítulo 1: La estafa: el modelo moderno de desarrollo infeliz	29
Capítulo 2: Comprendiendo el proceso de la felicidad	55
Segunda parte: La gran estafa: la felicidad como fin de la vida y de la sociedad	107
Capítulo 3: La felicidad en las condiciones «infelices» de vida	109
Capítulo 4: La gran estafa: la felicidad como fin supremo de la vida	151
Tercera parte: Valores tribales	193
Capítulo 5: La ciencia de los valores: qué son y para qué sirven	195
Capítulo 6: Valores tribales	223
Epílogo: El país se está terminando de joder	279

INTRODUCCIÓN

LA EXPEDICIÓN EN BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD

Antes de comenzar a estudiar Psicología, trabajaba como fotógrafo, actividad que combinaba con mi afición al andinismo. Tuve el privilegio de conocer los hermosos paisajes naturales del Perú y del mundo, así como remotas comunidades andinas y amazónicas. En cada una de las expediciones, no solamente pude experimentar una fuerza incomprensiblemente relajante y placentera, por el mero hecho de estar expuesto a la belleza natural, sino también, y especialmente, fui abrazado por la generosidad, hospitalidad y contagiante felicidad de los pobladores de esas pequeñas comunidades rurales.

Ya en la universidad iba aprendiendo teorías, pruebas psicológicas y métodos de intervención que, en su enorme mayoría, eran traídos de Europa occidental y del norte de América de habla inglesa. En muy pocos casos, estas técnicas eran validadas para el Perú, y cuando se evaluaba su aplicación, era en estudiantes universitarios (muestra muy poco representativa de una nación tan rica y compleja). En las clases universitarias, cuando de forma atípica se hablaba de la población rural, escuchaba que los estudios señalaban un nivel de inteligencia inferior, un comportamiento moral pervertido, así como un estado emocional más bien infeliz, estereotipando a un indígena cabizbajo y melancólico, casi como lo hacían algunos de los primeros autores indigenistas y pensadores peruanos un siglo atrás.

Esta visión contrastaba diametralmente con lo que había disfrutado y experimentado con mis amigos y compadres andinos, quienes tenían una inteligencia vivaz, un agudo y fino sentido del humor, y una impresionante capacidad para resolver problemas prácticos, más brillante si consideramos las limitaciones de herramientas y materiales disponibles. También los caracterizaba una honesta y

atenta preocupación por el bienestar del foráneo, la generosidad de brindarle sus mejores platos e incluso dejar de dormir en sus propias camas para el confort del visitante. Mi experiencia con los campesinos también observó una cotidiana preocupación, solidaridad y honradez, mayor aún entre los miembros de la comunidad. Cuando un comunero tenía la desventura de que su chacra fuera afectada por un huaico, todos le ayudaban a recuperar su tierra, le prestaban semillas y herramientas para que pudiera salir adelante. Nadie le cobraba interés alguno, pues consideraban obsceno aprovecharse de la dificultad económica de alguien para sacar provecho. Eso sí, si el comunero no demostraba la determinación de progresar, la ayuda era cortada, evitando así ciudadanos que hacen de la seguridad social un modo de subsistencia.

La honradez, recurso tan escaso en las ciudades peruanas, es en las comunidades rurales una bendición abundante: casas que no tienen cerrojo ni llaves, ganado sin cercos, herramientas y productos cosechados yacen sin vigilancia alguna; nada desaparece. Además de la preocupación y respeto por el otro, se observa un cuidado de los bienes comunes, como el agua, los canales de regadío, la plaza. Y más allá del cuidado, mantienen una relación sagrada tanto con la tierra como con los otros elementos de la naturaleza.

¿Dónde está la deficiencia cognitiva, moral y emocional?, me preguntaba. Avanzando en la carrera universitaria, aprendí que los niveles de inteligencia en las poblaciones rurales se habían medido a través de pruebas en las que el evaluado tenía que deducir, por ejemplo, que a un ropero le faltaba una percha, en un entorno en el que nunca habían usado un ropero ni visto una percha. También tenían que hacer inferencias que a menudo se hacen en el mundo moderno, pero que no son útiles para las diferentes complejidades y retos de la vida rural. Probablemente, las limitaciones intelectuales no estaban en los andinos o los amazónicos, sino los psicólogos que querían medir con estos instrumentos la inteligencia de estos peruanos, magnífica y exitosamente adaptados a su diferente, rico y complejo entorno.

También fui aprendiendo cómo se realizaban las investigaciones de la psicología en zonas rurales. Más que adentrarse en el Perú profundo, el típico trabajo de investigación consistía en llegar a una comunidad, no muy lejos de la capital del distrito que tuviera un hospedaje confortable; movilizarse temprano por la mañana; aplicar las pruebas y salir corriendo de vuelta a la civilización. Estos métodos, opuestos a las heroicas etnografías de los antropólogos, privan al investigador de la rica experiencia de convivir y conocer la vida en pequeñas comunidades tradicionales.

Cuando intervenía en clase, en mi calidad de estudiante no iniciado, señalaba la importancia de conocer a estas poblaciones en una convivencia natural, de desarrollar medidas psicológicas especialmente diseñadas para estas realidades, y contradecía las ideas establecidas acerca de la poca inteligencia, la infelicidad y la inmoralidad de los indígenas. Como respuesta, solía recibir reacciones displicentes y sarcásticas. Recuerdo un día en que comenté que investigar no le iba a hacer daño a nadie, más aún, en vez de seguir repitiendo las cosas que se han hecho en el hemisferio norte, deberíamos conocer nuestro país y comprobar si las teorías establecidas en verdad funcionan. La respuesta, en tono de burla, a mi comentario fue que eso dicen los alumnos en clase, pero a la larga nadie hace nada. Si en ese momento me hubiera dejado doblegar por el establecimiento, mi espíritu pensante habría comenzado a agonizar. De manera humilde, paso a paso, buscaba siempre poner la realidad por delante, y luego los libros y después los imperfectos repetidores de libros. Este proceso terminó siendo mucho más divertido que el teléfono malogrado universitario de repetir lo repetido.

Mi trabajo en el curso de Métodos de Investigación, en el segundo año de la carrera, lo hice junto con mi compañero Ricardo Tang, y trató sobre la percepción del paisaje natural y sus efectos psicológicos en Chaute, una comunidad andina con vista panorámica al bosque de Zárate, en la quebrada de Río Seco, en Huarochirí. El bosque de Zárate permite una caminata conocida por los montañistas limeños

que asciende por una cresta hasta unos 3200 m s. n. m. y alcanza un hermoso paisaje de bosque de ladera. Encontramos que el contacto cotidiano con el paisaje no aburre o habitúa a los comuneros; por el contrario, parecen ser más sensibles, como un músico estimulado desde temprana edad.

Posteriormente, hice mi tesis de bachiller en la comunidad de Chinchina, por encima del bosque de Zárate, en el lado opuesto de la quebrada. Una pequeña comunidad de unas quince familias asentadas en un privilegiado mirador. La investigación se tituló «Filosofía de vida en una comunidad campesina remota». Con la aguda asesoría de Miguel Ezcurra y la dirección de un gran maestro como Álvaro González, mi tesis se aprobó, a pesar de las múltiples y, en algunos casos, airadas críticas. Se trató de un estudio que implicó una convivencia con los miembros de la comunidad seguida de entrevistas abiertas, indagando acerca de los fines últimos y los principios que guiaban la vida de los campesinos. Las entrevistas abiertas fueron codificadas en categorías; es decir, palabras que resumían el contenido de las ideas vertidas por los entrevistados. Estas categorías se convirtieron en variables de una base de datos, en la que se le asignaba un cero a aquella persona que no respondió esta variable y un uno a la persona que sí la respondió. Esto produjo una base de datos cuantitativa que reflejaba las entrevistas abiertas en un tránsito fluido entre la investigación cualitativa y la cuantitativa. Esta base era sujeto de análisis estadístico, lo cual tenía la ventaja de minimizar el sesgo y el prejuicio del investigador en el momento de encontrar patrones comunes dentro de las categorías. Junto con la crítica y el ninguneo, también encontré el apoyo, la guía y la motivación en grandes maestros, como Mercedes Villanueva, una rigurosa psicóloga, una mujer brillante e íntegra que lamentablemente ya no está entre nosotros.

Algunos años después se formó un grupo de investigación denominado Bienestar en países en vías de desarrollo. Este proyecto era dirigido desde la Universidad de Bath, en el Reino Unido, con el apoyo del Gobierno británico. El grupo de investigación quería

entender cómo podían existir países de bajo y mediano ingreso como Bangladesh, Etiopía, Perú y Tailandia, que gozaban de un nivel de bienestar superior al de países con economías florecientes, como el Reino Unido. Se me convocó para organizar unas entrevistas grupales a expertos para que opinaran acerca de lo que hace felices a los peruanos rurales, y también para validar una prueba de calidad de vida desarrollada por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Mi sugerencia fue que estos expertos darían su versión de lo que piensan los campesinos, pero que esta versión no necesariamente coincidiría con lo que los andinos piensan. El método a seguir para entender la felicidad andina debía partir por poner a investigadores quechuahablantes a vivir un buen tiempo en las comunidades andinas para que observen la felicidad en su contexto. Una vez establecida una buena relación y conocimiento del grupo, se conducirían entrevistas abiertas y, sobre esa base, se construirían pruebas psicológicas a medida. De esta forma, se encontrarían las dimensiones de la felicidad campesina y no las dimensiones de los «expertos» locales o de los expertos de la OMS respecto a ella. Esta propuesta generó reacciones polarizadas, algunos miembros del grupo de investigación internacional la miraban con interés y consideraban que no solamente era original, sino que tenía un importante potencial. Otros consideraban que era mejor aplicar los métodos ampliamente establecidos que arriesgarse a utilizar una metodología salida del tercer mundo. Muy afortunadamente, nos dejaron desarrollar nuestra propuesta, con recursos que permitieron aplicar todo el rigor investigativo soñado. El equipo británico, por su parte, desarrollaría los métodos tradicionales, los basados en las teorías y métodos establecidos en los otros países del estudio, Bangladesh, Etiopía y Tailandia.

Así, continuó la expedición, ahora enfocada a identificar los lugares idóneos para comprender la felicidad peruana. Adolfo Figueroa y Teófilo Altamirano, investigadores principales del proyecto, propusieron el concepto de «corredor migratorio». Se lo definió como un conjunto de comunidades que parte de pequeñas comunidades tradicionales,

pasa por pequeños pueblos periurbanos y termina en asentamientos urbano-marginales en grandes ciudades, todos ellos conectados por un flujo de migrantes que se trasladan por este corredor. Identificadas siete comunidades que cumplieron con estos requisitos, se trabajó un año de forma ardua, comprometida y cuidadosa. Presentamos los resultados que aplicaron el método peruano y se compararon con los obtenidos con los métodos establecidos. Tras varias presentaciones y discusiones, el director del proyecto, Allister MacGregor, y el subdirector, James Copestake, indicaron: «Se hace la peruanada en los cuatro países».

Recuerdo que al finalizar esa semana de presentaciones se organizó en la Universidad de Bath una conferencia abierta para investigadores de diferentes áreas de la casa de estudios. Luego de la presentación de Allister y de James, se abrió la ronda de preguntas y comentarios. Allí, varios profesores compartieron sus impresiones de los viajes que hicieron a África, Centroamérica y Sudamérica. Les quedaba una imagen de lugareños más bien felices, a pesar de vivir en condiciones de pobreza. Esto no dejó de sonar condescendiente y epistemológicamente de cuidado en mis oídos, y repliqué que este era mi primer viaje al Reino Unido y me sorprendía el orden y progreso en todas partes, pero también me sorprendía ver los sábados por la tarde a bellas jóvenes solas en un bonito café, leyendo una revista de moda y subrayándola como si fueran separatas para un control de lectura. En otra mesa, jóvenes, también solos, escuchaban música con sus audífonos, marcando con la cabeza un ritmo frenético. Caras distintas a la alegría rural peruana, más bien apagadas. Una interacción interpersonal fría, limitada y demasiado seria contrastaba con una vida rural de intensas relaciones sociales. En suma, me llevé una impresión de lugareños tristes del primer mundo. Concluí que si ese era el desarrollo que los académicos europeos promueven, ese no es el desarrollo que los peruanos felices queremos. Para mi sorpresa, en vez de que mi comentario fuese recibido de mala gana, generó lo contrario, suscitando reflexiones acerca de la infelicidad y depresión en el Reino Unido.

El proyecto continuó unos tres años más. En el Perú contamos con un magnífico y comprometido equipo de campo que prácticamente vivió por años en los sitios de investigación: Lidia Carhuallanqui, Edwin Páucar, Martín Jaurapoma, Percy Reyna, Miguel Obispo y Maribel Arroyo, más conocidos como Los Pumas. Sucede que ellos eran, como se refiere la jerga a las personas especialmente destacadas, los «tigres» del trabajo de campo, pero como en el Perú no hay tigres se quedaron como Los Pumas. Luego de la ratificación de la metodología peruana, se aplicaron las pruebas cuantitativas. Se extrajeron los mínimos factores que explicaban las variantes de felicidad encontradas. Estos factores se integraron a través de la técnica de los modelos de ecuaciones estructurales con la asesoría y dirección de Alejandro Lazarte, reconocido profesor peruano de Psicología Cuantitativa y Matemáticas en la Universidad de Auburn, en los Estados Unidos. Los resultados cuantitativos duros se cotejaron con los resultados cualitativos de la etnografía y las entrevistas abiertas, obteniendo información convergente y consistente desde lo más cualitativo hacia lo más cuantitativo. Técnicamente hablando, obtuvimos la ecuación para medir la felicidad. Hicimos lo mismo en un modelo que señalaba aquellas mínimas condiciones comunes que explicaban la mayor felicidad en países tan diferentes como Bangladesh, Etiopía, Perú y Tailandia. Luego de años de probar cosas nuevas, semanas de viajes, incontables amanecidas analizando datos, los resultados del equipo de investigación peruano, dirigido con Teófilo Altamirano, José Luis Álvarez y Ana Rosa Feijoo, fueron considerados como un aporte original y de importancia para la comprensión de la felicidad en los diversos congresos internacionales en los que fue presentado. Fuimos el primer grupo de investigación iberoamericano invitado a presentar sus resultados en la Cima Mundial de Psicología Positiva realizado en Washington D. C., por invitación de Ed Diener, una de las más importantes autoridades mundiales en el estudio de la felicidad. También Federico León, uno de los fundadores de la psicología social en el Perú y uno de los investigadores peruanos más rigurosos

y prolíficos, tras revisar la historia de la psicología social nacional por encargo del Colegio de Psicólogos, tuvo la amabilidad de considerar nuestro trabajo como el mayor aporte a la academia, sin tomar en cuenta su trabajo propio.

Luego de este proyecto quedaron algunos espacios de felicidad por investigar. Gracias al apoyo de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), continuamos la expedición en búsqueda de la felicidad. Recorrimos la costa norte en búsqueda de pequeñas caletas de pescadores en las que aún se viva de forma tradicional, el equivalente a las pequeñas comunidades rurales en la costa. También analizamos la clase media y la clase rica limeña. Especial mención requiere este último estudio en la clase «verdaderamente alta», una muestra a la cual los estudios de mercado, los estudios de segmentación socioeconómica y la investigación en general no pueden alcanzar. Se les toca la puerta o se les llama por teléfono y simplemente no acceden a responder los cuestionarios. Además, es difícil definir y ubicar a la clase alta limeña, la que tiene *pedigree* y dinero por varias generaciones. Esta no se determina por los autos que compra, pueden comprar carros de perfil bajo; así como narcos o estrellas de Chollywood pueden comprar autos costosos. Lo mismo pasa con las casas, colegios y consumo. Finalmente, se realizó una lista de familias que sin ninguna duda pertenecían a la clase muy alta limeña, dueños de minas, accionistas importantes de bancos, miembros ampliamente aceptados de la alta sociedad. Andrea Baertl, tanto por sus elevados créditos académicos como por sus contactos, realizó de forma rigurosa y fluida el trabajo de campo y el análisis de este estudio. También fue investigadora en estudios en diferentes zonas rurales del Perú.

Aún quedaba un vacío en la Amazonía, que fue cubierto con el apoyo de Rafael Meza, un experimentado y experto profesional en temas amazónicos, quien no solo aportó con su agudo conocimiento, sino que, a través de su gestión en el Servicio Holandés de Cooperación para el Desarrollo (SNV), facilitó la compleja logística requerida para la investigación en la Amazonía. Ángela Ríos también fue una

aliada estratégica en este proceso, apoyando con sus contactos, su conocimiento y su valioso tiempo.

Para este entonces, ya teníamos una idea relativamente clara de cuáles eran los patrones de las comunidades y las personas felices. La felicidad no consistía tanto en estar en el lugar correcto, vivir en el lugar «más feliz del mundo», sino en saber adaptarse a las condiciones que a uno le toca vivir. Profundizando en esta idea, empezamos a estudiar cómo las personas se adaptan a la carencia de condiciones «fundamentales» para ser felices.

Formar una familia puede considerarse la empresa más costosa y compleja de la vida; consecuentemente, es razonable tener hijos en las mejores condiciones de madurez cronológica, psicológica y económica. El embarazo adolescente en condiciones de extrema pobreza va en contra de esta lógica. En coordinación con Cristina Ramseyer, de la Asociación Taller de los Niños, en San Juan de Lurigancho, quien viene realizando allí una labor admirable, estudiamos la conducta sexual, la decisión de continuar el embarazo y el bienestar antes y después del parto en madres adolescentes en extrema pobreza. Lo que parecía ilógico, viéndolo desde la perspectiva de las protagonistas, adquiere sentido y nos da luces sobre la compleja relación entre recursos económicos, relaciones familiares y bienestar.

Habíamos encontrado que formar una familia era la mayor fuente de felicidad en los más distintos contextos culturales y de vida. El ejercicio del trabajo sexual implicaba una paradoja para la vida familiar de las mujeres que practican este oficio y para el estándar de familia de la sociedad. Gracias al apoyo de Ángela Villón y Leida Portal, valientes activistas por los derechos de las trabajadoras sexuales, y el trabajo de María Victoria Arévalo y Lina Arenas como investigadoras, y de la fina labor de entrevistas de Patricia Alarcón, Brenda Chávez y Cynthia Díaz pudimos llevar a cabo un complejo estudio que nos permitió entender los caminos de la iniciación, adaptación y bienestar en trabajadoras sexuales.

Vivir en un ambiente limpio y saludable era otra de las principales fuentes de felicidad que nuestro grupo de investigación había

encontrado en diferentes países. Entonces, estudiamos lugares de alta contaminación como La Oroya, a través de la magnífica tesis de Julissa Chalán. Además, vivir en un lugar seguro, sin violencia ni delincuencia, era una fuente importante de bienestar. Así, estudiamos lugares de alta delincuencia como Huáscar, en San Juan de Lurigancho, también gracias a la invaluable ayuda de Cristina Ramseyer, del Taller de los Niños. Jesús Aparicio realizó un valiente trabajo de campo y sobrevivió para contar la historia. Comenzamos a entender que el cerebro humano ha pasado miles de años en condiciones ambientales y sociales muy duras y que ha evolucionado para adaptarnos y salir adelante en las circunstancias más difíciles con bienestar.

Toda esta fase de investigación nos estrelló a tierra. Ya teníamos la intuición de que la felicidad es mucho más que caritas felices; de hecho, nunca pensamos que así lo fuera. Sin embargo, entendimos la dimensión completa de lo que implica la vida dura, los problemas, la forma cómo los enfrentamos y la indesligable relación entre la infelicidad, salir adelante con lo que a uno le toca y la felicidad.

En una nueva fase de nuestras investigaciones, comenzamos a hacer estudios en el ámbito nacional, fundamentalmente, en las grandes ciudades. Integramos los resultados de las diferentes regiones, que incluían más de ochocientas entrevistas abiertas, y se creó una prueba psicológica a medida para el Perú. Esta prueba se aplicó a una muestra representativa en el ámbito nacional, encontrando patrones que definen y explican el bienestar en el Perú. Asimismo, gracias al Instituto Integración del Grupo RPP pudimos hacer una comparación entre estos patrones encontrados en el año 2011 y aquellos que se pudieron observar en el año 2015. En esta comparación, encontramos una disminución en el bienestar de los peruanos, asociada a un incremento de los antivalores del egoísmo, la envidia y el chisme, de la mano con un progreso económico considerado como modelo de «desarrollo» en el ámbito mundial.

La envidia, el chisme y el egoísmo, la tríada social del mal, está profundamente arraigada y constituye uno de los más grandes males

de nuestra nación. Cuando un peruano progresa, el otro se siente miserable y contraataca con el chisme, devaluando el logro del otro en una sofisticada mezcla creíble de realidad con difamación: «No tiene talento, pero es buenamoza», «Es bruto, pero está bien relacionado». No solo es el chisme en el ámbito verbal difamatorio, también trasciende al plano conductual, y se invertirá tiempo y esfuerzo en trabar el desarrollo del exitoso. En casos extremos, pero no infrecuentes, el envidioso invertirá dinero para solicitar los servicios de alguien de una profesión emergente, el malero, un tipo de chamán que ofrece hacer daño, incluso causar la muerte, por una cuota que compite con las de los psicoterapeutas renombrados. Así, el progreso del peruano que tuvo éxito será por lo menos inhibido, si no anulado. Este envidiado devolverá el favor, sea al mismo envidioso o a cualquiera que progrese en su entorno, y así esta cadena se vuelve un maligno deporte nacional.

Sin embargo, aunque suene contradictorio, el peruano también tiene una enorme predisposición a ayudar, a aconsejar, a compartir; puede ser muy leal. Esto se da en el ámbito de la familia y de los amigos cercanos que forman parte de esa familia ampliada: la argolla. Dentro de ella, una maravilla social, pero el resto que se muera. Más aún, la lealtad a la argolla va más allá de los derechos ciudadanos, del sentido de justicia y del cumplimiento de la ley. No hay conflicto ético en favorecer injustamente a un miembro de la argolla, en contra de alguien que está fuera de ella. No solo se actúa de forma incorrecta, nociva para las organizaciones y para el país; la viveza criolla lo señala como bueno, como motivo de celebración.

Así, la guerra de la envidia, el chisme que genera egoísmo, no es una guerra de individuos, es una lucha de argollas que va formando una guerra de todos contra todos que inhibe nuestra principal ventaja como especie: la de la ayuda mutua y la cooperación. En una organización, sea el Ministerio de Educación o sea a la Textil la polilla, no tendremos un conjunto de personas articuladas para cumplir la misión de la institución; tendremos un conjunto de argollas organizadas

para buscar el beneficio de esa argolla, dentro o fuera de la ley, a favor o en contra de la misión de la organización. Un conjunto de personas, en el que cada una «empuja el carro» hacia el lado de su conveniencia, logra que, en vez de que el carro avance, hará que se mueva de forma errática y, finalmente, tendrá tal presión interna que en algún momento explotará. Lo mismo ocurrirá en el Congreso, en la universidad, en el club de lo que sea. De cara al desarrollo de un país, generalmente nos concentramos en aspectos económicos y coyunturales; pero este punto, el de los antivalores de la Tríada social del mal, códigos de programación interiorizados profundamente dentro de las mentes de los peruanos, constituye una de las principales trabas para el desarrollo y uno de los elementos involucrados en la disminución de la felicidad en el Perú.

El tráfico limeño es, quizá, uno de los más grotescos ejemplos de antivalores, de la falta de respeto y de la guerra de todos contra todos —a menos que estés en mi argolla—. No importa que la luz roja me indique ceder el paso, meto el carro, no paso ni dejé pasar. Aquel a quien cerraron devolverá el favor a otro, así no sea el mismo idiota que le cerró. Si todos respetaran la luz roja, llegaríamos en mucho menos tiempo, y con mucho mejor estado de ánimo. Las hormigas lo saben; manejan densos flujos de tránsito basados en reglas simples que respetan; la conducta vial de Lima no, y en este aspecto somos menos inteligentes que ellas. Las ganas de joder están por encima de la conducta razonable; si no tienes auto, igual metes cuerpo. Estamos cada vez menos interesados en respetar la cola y somos cada vez más hábiles en atrasar a los demás. Así, hay que ser idiota o cínico para ser feliz en el Perú.

La expedición de la felicidad alcanzó la alerta roja al encontrar un incremento y nivel peligroso en los antivalores. Esto llevó a nuestro grupo de investigación a plantearse como meta bajar a tierra los resultados de nuestras investigaciones para poder mejorar, de forma sustentada y sustentable, el bienestar de los peruanos, teniendo como eje los valores. En los últimos años hemos hecho múltiples, repetidos y desgastantes intentos de unir esfuerzos con las

entidades públicas que oficialmente tienen la misión de evitar que el Perú se termine de joder. Lamentablemente, no hemos encontrado eco. En algunos casos encontramos un diálogo convergente, a través de una generación de profesionales comprometidos que son parte estratégica del futuro del país, pero cuestiones coyunturales y de presupuesto limitaron las acciones concretas. En el camino, nos hemos encontrado con los escombros reciclados del muro de Berlín, a los que nuestras propuestas basadas en evidencia chocan con sus arraigados principios ideológicos acerca de la movilidad y la justicia social, como si creyeran tener la patente y el monopolio de la proyección social.

Desde hace algunos años, las fuentes de financiamiento universitarias dejaron de apoyar nuestra línea de investigación, consideraron que nuestro trabajo no merecía ser financiado por alguna u otra razón. Sin embargo, continuamos estudiando con nuestros recursos y con apoyo voluntario y comprometido de profesionales brillantes, dentro de los que cabe destacar a María Victoria Arévalo y a Sebastián Wendorff, así como de estudiantes muy destacados que forman una muy larga lista como para poder ser aquí mencionados. En este contexto, encontramos en algunas empresas a nuestros aliados. Mejorar la felicidad de los ejecutivos, funcionarios, empleados y obreros constituía un magnífico negocio para las empresas: los colaboradores felices son más productivos. Así se consolida B y P Bienestar y Productividad, una consultora especializada en aplicaciones del bienestar subjetivo humano, cuyas utilidades nos permiten continuar con nuestros proyectos, al margen de los vientos políticos, ideológicos y envidiológicos.

El trabajo forma parte estructural de la felicidad. En primer lugar, pasamos la mayor parte de nuestra vida adulta en el trabajo, más aún si consideramos el tiempo de formación previa, así como el trabajo que uno se lleva a casa. En segundo lugar, allí se obtiene parte importante de los recursos que median entre las metas de vida y su satisfacción. Finalmente, el trabajo constituye una fuente potencial de sentido, significado y trascendencia, aspectos importantes en el bienestar

subjetivo. De esta manera, no podemos comprender ni promover el bienestar sin considerar la relación entre trabajo y felicidad.

Nuestra línea de investigación encontró que un colaborador satisfecho con su vida produce una mejor calidad de servicio, tiene un rendimiento mayor, y que este incremento puede alcanzar el orden del 11 %. Estos resultados se obtuvieron a través de las agudas tesis de Pierre Alcocer, Raysha Fernández e Ítalo Arrué. Lo más sorprendente fue descubrir que ni el clima ni la satisfacción laboral aumentaban los resultados anteriormente descritos. Las empresas en el Perú y en el mundo invierten millones de dólares en mejorar el clima y la satisfacción laboral; pero si nuestros resultados son correctos, toda la inversión que estas suelen llevar a cabo tendría un retorno marginal. Si, por el contrario, se invirtiera en la satisfacción con la vida y en el bienestar del colaborador, el impacto en su felicidad, por definición, sería más directo, y la calidad del servicio y el rendimiento mejorarían hasta en un orden de 11 %. Así, gana el colaborador, su familia y la empresa: gana el país.

En este contexto, la empresa se vuelve un aliado estratégico para un movimiento nacional por la felicidad. Si un gran número de empresas, de manera coordinada, logra aumentar la satisfacción de la vida de sus colaboradores, no solo aumentaría la productividad nacional con su respectivo impacto positivo en la economía, sino que habría un incremento en la felicidad de un gran número de peruanos. Si tan solo se juntaran las cien empresas más grandes del Perú, se podría alcanzar cerca de un 13 % de la población nacional, lo cual generaría un efecto masivo de contagio, que ya se podría observar en las calles, en los barrios, en el comportamiento vial, lo cual, a su vez, sentaría las bases para un gran programa nacional de mejora del bienestar con productividad.

La empresa emerge como un espacio eficiente y eficaz para intentar resolver los problemas asociados al desarrollo humano. Esta no es una idea original nuestra. Peter Diamandis, en su influyente libro *Abundancia*, sustenta en 332 páginas que las grandes empresas, especialmente las

basadas en tecnología de información y comunicaciones, que cuentan con un modelo de gestión exponencial, resolverán en los próximos años los problemas más importantes de la humanidad, como el agua, la salud y la alimentación. En el Perú, en la medida que la felicidad sea un negocio para las grandes corporaciones, encontraremos una relación gana-gana-gana: el colaborador recibe la inversión de la empresa para que sea más feliz, este se vuelve más productivo y aumenta las ganancias de la empresa. Si esto ocurriera masivamente en la mayoría de empresas del país, tendríamos un plan de bienestar que impactaría en millones de peruanos: la empresa como agente eficaz y autofinanciado del bienestar nacional. Esto sería posible, además, porque los gobiernos pasan, mientras que las empresas y los grandes empresarios quedan, y no habría el riesgo de la inestabilidad, pues sin ella un programa de largo plazo se queda en el vano oficio de hacer, deshacer y volver hacer.

Además de interés productivo, encontramos que en las empresas no solamente hay delincuentes de cuello blanco que aparecen en las noticias, también existen peruanos comprometidos con dejar un mejor futuro para sus hijos. Existen empresarios que cumplen con el estereotipo de explotador, pero también existen empresarios comprometidos con el bienestar del colaborador y de sus familias. Esta alianza estratégica con la empresa ha llevado a que en algunos entornos me hayan calificado de fascista. Humildemente, pienso que los fascistas son los que se quedaron con un par de libros viejos escritos para la realidad europea y no están mirando nuestra realidad y sus oportunidades. Mi reconocimiento y agradecimiento a los empresarios y ejecutivos que vienen haciendo silenciosamente una importante labor para el desarrollo y la felicidad de los peruanos.

Aún quedan muchas cosas por investigar y experimentar; sin embargo, los estudios y experiencias descritas en los párrafos previos nos motivan a dedicar una parte importante de nuestra agenda, sin descuidar la investigación, y ensayar la sistematización de los resultados y compartirlos a través del presente libro. Este no pretende ser un libro dirigido a la comunidad científica, sino más bien salir

del anaquel de las bibliotecas y del limitado número de oyentes en un aula o conferencia para poder llegar tanto al peruano de a pie como al peruano con chofer. Esto, con el anhelo de poder impactar positivamente, de alguna humilde manera, en la existencia de los peruanos y contribuir así en la formación de un mejor Perú para nuestros hijos. Este no es un libro científico, en el sentido de que solamente incluya conclusiones causalmente probadas a través de experimentos repetidos y metanalizados, aunque sí es un libro que está sustentando en décadas de investigación científica rigurosa. Sobre esta base se interpretan los resultados y se ensayan conclusiones que derivan en caminos para mejorar la felicidad y la productividad. Estas conclusiones requieren de más estudios, tanto para confirmarlas, rechazarlas o afinarlas. Con seguridad, el tiempo dirá que algunas conclusiones no fueron correctas. Tampoco se pretende sintetizar todos los resultados de nuestro trabajo de investigación, sino más bien integrarlos en tres ideas centrales.

La primera trata acerca de cómo una gran mayoría de peruanos, al igual que la gran mayoría de pobladores en el mundo moderno, trabajan duramente y luchan por alcanzar el sueño moderno del desarrollo y el progreso. Sin embargo, una vez alcanzada esta meta, no necesariamente se encuentra la felicidad; en muchos casos, se convierte en una pesadilla infeliz en abundancia material. Esta es la estafa de la sociedad moderna, toda una vida de esfuerzo a fin de alcanzar el desarrollo y el progreso para que, luego de alcanzarla, se encuentre la infelicidad propia y se la deje como herencia para los hijos.

La segunda idea parte de estudios acerca de lugares donde sí se encuentra la felicidad en el Perú y en el mundo. Fundamentalmente, la felicidad está en las personas que tienen como meta central la calidad de las relaciones familiares y amicales por encima de las metas materiales. Se sustentará que esta asociación entre familia-amigos y felicidad no es una arbitrariedad de la cultura peruana y de las culturas latinoamericanas, sino que está conectada con la profunda naturaleza humana, ubicada y procesada en el órgano de la felicidad: el cerebro.

Este ha sido cableado, se ha ido estructurando de tal manera que, cuando se cuenta con el apoyo de la tribu amical y familiar y se comparten los logros con ellos, se disparan neurotransmisores que generan la sensación de felicidad. Además, previenen y reducen el estrés y la depresión. Este cableado cerebral es, literalmente, la estructura de la profunda naturaleza humana; se fue modelando lentamente en la evolución ancestral, hace miles y millones de años, por la mano de Dios para los creyentes, por la mano de la naturaleza para los agnósticos. En esos tiempos, cuando el formar parte de la tribu de familiares y amigos era cuestión de supervivencia y desarrollo, no teníamos alas para volar de los depredadores ni grandes dientes para cazar los alimentos, solo teníamos una compleja y magnífica organización social que superó, rápidamente, la capacidad de dominio de especies más rápidas, más fuertes y con dientes de terror. Mientras que estar excluido de la tribu, de los familiares y amigos, era una sentencia de muerte, la presa fácil para los depredadores o, en el mejor de los casos, la condena a la marginación. Paradójicamente, una vida ultramoderna que se desconecta de esa profunda naturaleza humana, ensalzando el megaindividualismo y la hipercompetencia, puede llevar a una vida solitaria, de vacío existencial con seguridad social, lo cual promueve la depresión y la infelicidad.

En esta segunda idea del libro se sustentará que alcanzar la felicidad está a la vuelta de la esquina; en verdad, más cerca: dentro de casa. No se necesita ser rico y llevar a los niños a Disneylandia, ni tener la camioneta del año, ni invertir una vida de acumulación de títulos profesionales. La felicidad es algo democrático, está al alcance de todos. Sin embargo, esto no quiere decir que alcanzarla sea fácil; hay que dejarse de huevadas, lo simple puede ser lo más difícil de lograr cuando de por medio existen hábitos enraizados, una presión de grupo y de la sociedad por perseguir y alcanzar metas, no importa cuán estúpidas puedan ser.

Alcanzar la felicidad es una meta compleja, pero perfectamente posible. Sin embargo, estudiando los grupos y personas con un elevado

índice de felicidad, se encontró uno de los hallazgos más reveladores: la evidencia sugiere, sistemáticamente, que las personas que se proponen como meta de vida la felicidad suelen estar más lejos de alcanzarla. Nuestros estudios, basados en los más diversos grupos e individuos de los cuatro continentes, señalan que la felicidad no es el fin de la vida ni de la sociedad. Esta idea de que debemos dirigir todos nuestros esfuerzos como personas y como sociedad para la conquista de la felicidad parece ser la gran estafa de la sociedad moderna, estafa que nos lleva a una vida hedonista y placentera que nos golpea con el búmeran de la infelicidad, la ansiedad y la depresión. Si no es la felicidad el fin supremo de la vida personal y social, entonces, ¿cuál es la meta que está detrás y por encima de esta? La respuesta a esta interrogante termina siendo sorprendentemente simple y cierra la parte II.

La tercera idea del presente libro tiene que ver con un elemento fundamental y muchas veces descuidado de la felicidad: los valores. Se presentará la investigación científica que explica cómo funcionan, de dónde vienen y qué efectos producen; se describirán los hallazgos obtenidos de estudios sobre los patrones de los valores y antivalores en el Perú; y se discutirá cómo los antivalores tienen un papel central en la creciente infelicidad y caos nacional. El estudio de la infelicidad y los antivalores nos llevó al análisis psicológico y biológico de la corrupción; las conclusiones de este análisis señalan que los antivalores constituyen las raíces del antidesarrollo sostenible. También indican que una mejora de la economía con antivalores resulta en una combinación muy peligrosa, como darle una fortuna a un adolescente inmaduro, o poder a los corruptos para que terminen de arruinar sus vidas y, junto con ellas, a la sociedad.

Hasta aquí, el amable lector puede darse cuenta de que este no es un típico libro sobre la felicidad, con recetas más o menos ingenuas para vivir mejor. Tampoco se trata de un libro con técnicas de masturbación

cerebral para personas con una vida moral y existencial miserable. En esta dirección, el libro no tiene un final feliz, pero sí un final desafiante y esperanzador.

Este libro está dedicado a las personas que honestamente trabajan por un Perú mejor.

